

## XXIV

En mayo de 1921, el ingeniero Francisco Bulnes publicó en "El Universal" un artículo, que intituló "Los Tremendos Idealistas Trágicos", en el que asentaba que el idealismo de don Francisco I. Madero, fué el que lo hizo fracasar como gobernante, suscitando su caída y haciéndose incluso matar.

El fracaso del señor Madero, como se ha visto, tuvo origen en los Tratados de Ciudad Juárez. Pretendió detener el derramamiento de sangre mediante un período transactivo, a base de un gobierno de fragmentos disímbolos en el que el aparato dictatorial quedaba en pie con la mayoría de gobernadores en los Estados; de contextura dictatorial, y con la mayoría de representantes en el Congreso de la Unión y en las legislaturas locales, de la propia contextura. Fué natural que todos esos hombres enemigos de la Revolución, pusieran en juego sus resabios dictatoriales para restarle fuerzas y desvirtuarla en la realización de sus postulados. Así fué como el señor Madero, influenciado por falsos revolucionarios infiltrados en su gobierno, no se percató de la pendiente en que se arrojaba.

\* \* \*

Ya fuera del poder el general Díaz, los periódicos que sirvieron incondicionalmente a su dictadura, ponían todos sus esfuerzos en demostrar la necesidad de que dicho general hubiera continuado en la Presidencia para impedir la especie de anarquía que reinaba en el país. Procuraban ocultar que el desconcierto político y social era consecuencia del violento despertar de un pueblo después de una prolongada dictadura. La transacción de Ciudad Juárez resultó incompatible con el momento histórico; mediante ella se logró que saliera del poder el general Díaz, pero no se pudo impedir que con todos sus resabios quedara el aparato dictatorial. Quienes combatimos la dictadura del general Díaz, por la profunda convicción que teníamos de que debíamos combatirla inspirados en la lógica de la historia, comprendimos que a virtud de los Tratados de Ciudad Juárez, se pretendía organizar un nuevo gobierno con soldaduras y remiendos del régimen pasado. De aquí que mientras los elementos de la dictadura tiraban de su lado para adueñarse nuevamente de la situación política, los revolucionarios convencidos y no por cálculo, se dolían de la disgregación moral que se operaba entre ellos al contacto con elementos híbridos e incoherentes. Esta situación anómala fué aprovechada por los políticos sin escrúpulos y por los vulgares explotadores del periodismo para extraviar la opinión pú-

blica, animados y convencidos quizás de que "las cosas en sí quedan lejos".

Es incontrovertible que la obra personal del dictador a medida que más se prolongara tendría que dar, por la fuerza natural de los acontecimientos, resultados más funestos.

Se arguye por los defensores de la dictadura del general Díaz, que cimentó la paz nacional. Pero los beneficios de esa paz, solamente eran usufructuados por una minoría de turiferarios y paniaguados. En contraste con esa minoría parasitaria, la mayoría del pueblo trabajador era mantenida en la más profunda ignorancia juntamente con su miseria.

Creemos haber dicho ya que para disculpar la prolongación de la dictadura se sembraba la creencia en el interior y en el exterior, de que ella desarrollaba en gran escala el progreso material.

Es indudable que bajo la dictadura porfirista hubo progreso material; pero fuera de lo natural que fué ese progreso, el impulso que a él dió la dictadura, sólo entrañó fines aviesos: los de encubrir con apariencias su desbarajuste moral y proteger a sus adictos que le ayudaban a oprimir al pueblo y que mediante combinaciones turbias medraban con la construcción de edificios y toda clase de obras públicas.

Fueron insinceras las declaraciones del general Díaz al periodista norteamericano Creelman, relativas a su decisión de resignar el mando en otra persona, siempre que ésta fuera elegida por el pueblo a quien deseaba ver ejercitar sus derechos electorales.

Lo que hizo el general Díaz con sus mendaces declaraciones, no fué sino poner en práctica una alteración del sistema seguido para calmar impacencias, y, sobre todo, para justificar la farsa de la última elección. Los tiempos cambian y en 1910, la conveniencia del dictador no estaba en que las elecciones se efectuaran en silencio como en períodos anteriores, sino en que se hicieran

con ruidoso aparato para que resaltara ante propios y extraños (ante los últimos principalmente) la "popularidad del gobernante".

Eran mendaces las declaraciones del general Díaz al periodista Creelman porque su gobierno, moldeado en el férreo sistema dictatorial, obstaculizó la marcha del Partido Liberal que siempre salvó las instituciones y la integridad nacional.

La debilitación de las virtudes cívicas mediante la cual la sociedad mexicana se convertía en cómplice de la dictadura, como afirmaba distinguido historiógrafo; la debilitación de las virtudes cívicas por el régimen porfiriano y las complacencias de éste para el elemento reaccionario, dieron margen a que los partidarios de las ideas retrógradas ganaron terreno, ya obteniendo que no se aplicaran las Leyes de Reforma, o ya logrando irritantes prerrogativas que amenazaban poner el país en el abismo de nuevos y grandes derramamientos de sangre. Porque bajo la aparente mansedumbre del clero católico, se escondía y se esconde la voluptuosidad por apoderarse del gobierno por medio del elemento conservador. El Partido conservador trabaja subterráneamente aglutinando sus elementos dispersos, oculta sus aviesas intenciones y hace de su bilis de vencido voluntad creadora para la intriga.

La paz cimentada por la dictadura porfirista, se obtuvo más por el terror que por otros medios; no pudo ser fruto interno, sino exterioridad mecánica; y por eso pudo verse que impuesta por la fuerza para beneficio de los usurpadores del poder, fué sembrando en el corazón del pueblo el germen de un espíritu de rebelión hasta que culminó en tremenda explosión popular.

Cuando un grupo reducido de liberales minaba la dictadura porfirista desde el extranjero, haciendo públicas sus lacras sociales, los escritores de México de mentalidad reaccionaria, se dedicaban a contrarrestar aquella labor en favor del pueblo mexicano, en los periódicos que se editaban bajo los auspicios de aquel despótico régimen, llegando a tacharla de antipatriótica, precisamente porque preparaban en México la revolución libertaria.

Frente a la actitud de esos intelectuales que abogaban por la quietud mexicana, la de "la paz reina en Varsovia", redoblaron sus esfuerzos los "inadaptables", los de mentalidad combativa que, como dice el doctor Pedro de Alba, despertaron en México la inconformidad y la conciencia de combate; que es la inconformidad siempre el resorte del progreso de los pueblos.